

EFRAIN HUERTA

por Germán Castillo

Tuve la gracia de tocar a Efraín Huerta antes de dos desastres: el cáncer y los reconocimientos oficiales; el primero le hizo lo que el aire a Juárez (Loreto), ya se sabe; de los segundos tampoco yo quiero ocuparme.

Veinticuatro horas, dispersas en dos años, serán como máximo las que pasamos juntos tomando café a la orilla de la avenida de Mariano Escobedo, a un ladito de la Galería Aura Bracho y desde luego con muchos pintores. Fue entonces amistad de un día desparramado la nuestra. Bastante poco, dirán. Para mí, suficiente; desde entonces el amor y la admiración hacia él existen en mí para toda mi edad. Muchas son las cosas que me quedaron claras, pero más aún son las dudas, las preguntas que brotaron en el eje de mi alma como un chancro ganado en la mejor parranda. (¿Ahora sí ya cerraron “El tranvía”?)

Amor al odio por amor, es en suma lo que adquirí en ese largo día de dos años con Efraín Huerta.

Su obra como legado no me preocupa. Aquí está para que el Tiempo y los Poderes Culturales hagan con ella lo que puedan. También está, para que algunos terrícolas de buena voluntad la toquen, y se aterren ante la miseria de nuestro tiempo, pero den fe que en los primeros ochenta años de nuestro siglo hubo hombres, y puedan presentar toda su muerte y toda su vida como evidencia.